

Un hombre de calle, cultura y violencia

Santiago Herrera, José David Chalarca²³

Recibido: mayo 2 de 2019 - Aprobado: junio 6 de 2019

Primer encuentro

Otra vez tarde para una entrevista. Es algo que con frecuencia me sucede. Mi compañero José y yo acordamos reunirnos, a las dos de la tarde, en la Biblioteca La Floresta para entrevistar a un escritor y periodista -a quien no conozco- Andrés Delgado. Espero, que su actitud sea amable y cordial para que la entrevista fluya. Por la premura, no pude darle la última mirada a mis preguntas; espero no se me olvide nada importante, estos trabajos ni siquiera me gustan.

Lo que sí hice como preparación fue leer su novela, *Sabotaje*, y una que otra crónica que se supone que nuestro entrevistado escribe para el periódico *Universo Centro*. Yo leo ese periódico cada mes y nunca había visto una crónica de él. También busqué en *YouTube* alguna otra entrevista, con la pretensión de distinguir en algo sus rasgos. Por la lectura de su novela, deduzco que es una obra bien lograda. Tengo además ganas de ver como el autor asume o explica un detalle que encontré al revisar algunos de sus escritos.

23 Direcciones electrónicas: santiago.herrera5@udea.edu.co y jose.chalarca1@udea.edu.co. Estudiantes del pregrado de Periodismo, Universidad de Antioquia

Logré llegar sobre el tiempo, 1 y 58 de la tarde. En una de las sillas de la entrada, me esperaba mi compañero Santiago. Cuando explorábamos cuál sería el mejor lugar para cumplir nuestro propósito, cuando un hombre apareció por la puerta de la biblioteca. Ese debe ser, me dije. José lo miró y fue a saludarlo. No me extrañó su aparente seriedad, conocía que había estado en el Ejército.

Y hielo se rompe con un sencillo: “Hola muchachos, ¿cómo van?”. José responde, yo le doy la mano a Andrés; pienso que el servicio militar sólo le dejó el carácter, porque músculo no hace alarde. Entramos a la biblioteca con él y nos dirigimos a su oficina en un rincón que no había descubierto nunca, aunque ya conocía bien el lugar. Tiene en una esquina del escritorio un pequeño cerro de ejemplares del último número del periódico *Universo Centro*, yo aún no tengo el mío porque en la Universidad de Antioquia se agotaron en menos de dos horas, podría pedirle que me regale uno, ¿pensará que quiero aparentar? Las palabras no me salen y dejo pasar la oportunidad. Ahora que recogió sus cosas volvemos a salir, se despidió de las chicas de la recepción chocando el puño. José camina a su lado, yo voy detrás.

Para conversar nos propuso ir a tomar un café en alguna tienda, “él invita”. Llegamos a una panadería en una esquina del parque de La Floresta, cruzando la calle está la iglesia. La mesita parece medio inestable, pedimos y nos traen dos tintos y un refresco de manzana. El aire huele a humo y pasteles recién horneados.

José estuvo respondiendo a todo lo que dijo Andrés en el camino (que tampoco es que haya sido muy largo). Ahora él enciende la grabadora de voz de su celular y me toca hablar a mí.

Un libro y un fusil

En *Sabotaje*, había cosas súper fuertes: a un recluta casi lo ahoga en un charco su propio general, algunos soldados amenazaban con violar al protagonista, la mujer del coronel “le echó los perros” y por eso al final lo ‘encañonaron’ y lo metieron a la maleta de un carro. ¿A este personaje sí le habrá pasado todo eso?

¿Cuánto hay de verdad en su novela *Sabotaje*?

“El libro yo lo escribí porque estuve un año pagando servicio militar obligatorio, uno dice pagando, aunque debería decir prestando. Pero es un año que uno le entrega al Estado, un año que uno se deja robar, ese fue el insumo para escribir la novela. Uno

no alcanza a valorar realmente cuánto hay de realidad y cuánto hay de ficción. Lo que sí es cierto es que cuando uno enfrenta una historia de ficción hay que mantener al lector con la atención en el relato, y para eso, hay que acudir a ciertos trucos narrativos, esa es la parte que tiene de ficción *Sabotaje*, porque yo quiero contar una historia real, las relaciones de los soldados, el modelamiento mental cuando se vuelven unas máquinas de guerra, eso es real, pero ¿cómo cuento yo eso de manera que se vuelva atractivo para el lector? Utilizando técnicas de ficción, por ejemplo, el travesti Baby Alexandra es un personaje de ficción basado en otras personas que he conocido, yo lo armé. La historia debe tener ciertas herramientas de misterio y de suspenso, esas herramientas las da la literatura”.

Lo miro fijamente mientras responde, aunque él no siempre me mira a mí. Nunca había hablado con el escritor de un libro que me haya gustado. Noto que sabe, habla con propiedad. Pienso la siguiente pregunta mientras él termina la idea, ahora que habla de un personaje de la novela, quiero saber sobre otro bastante enigmático.

¿Lo que pasó con Damato y su compañero es real?

“Damato es un gran personaje que queda en la incertidumbre, no sabemos qué pasa con él, pero esa duda la vamos a resolver en las novelas que vienen. Creo que será una trilogía. En ellas se resolverá quién es Damato”.

¿Vienen más novelas? ¡Nadie sabía eso! Lo dijo como si nada, José se emocionó porque nos hubiera regalado una noticia en la entrevista; se anima a preguntar.

¿Cómo va el proyecto de esas dos novelas?

“Hay que venderle la idea a un editor, pero con eso yo no tengo afán, el tiempo de la literatura transcurre a su propia velocidad. Capote se demoró escribiendo *A sangre fría* siete años, ¿Cuándo va a salir esa novela? No sé, puede ser este año, puede ser dentro de dos años; para escribir una novela eso no es tiempo”.

Ahora vuelvo a preguntar yo. Con sus experiencias del servicio militar obligatorio Andrés me hace recordar que soy remiso, si me encontrara con la policía militar me llevarían, perdería un año de estudio. Es una situación que considero no debería existir.

¿Cuál es su posición respecto al servicio militar obligatorio?

“Debería eliminarse, hoy por hoy en muy pocos países hay servicio militar obligatorio. Colombia es uno de ellos porque hemos tenido un conflicto armado, pero

eso debería desaparecer. A mí me tocó y el tema no es qué le toca hacer sino cómo lo asume. Si a mí me tocó un pelle de papá, pues parece, ya le tocó, ya no puede cambiarlo, le toca asumirlo y mirar a ver cómo va a hacer con ese papá. Asuma su realidad, el problema no es la circunstancia sino cómo se asume. El servicio militar fue una mierda. Yo tengo compañeros que dicen “fue la peor experiencia de mi vida”. Pues para mí fue una de las mejores porque me dio insumos para escribir una novela. La novela es cruel y es difícil, pero cuando yo me acuerdo de esa época la recuerdo bacana. Yo me la ‘sollé’. En el ejército empecé a leer porque antes no leía”.

¿Cómo es tener “un libro en una mano y un fusil en la otra” en un ambiente tan hostil?

“Eso es una experiencia muy entretenida. De las cosas que más me han marcado en la vida son las armas y los libros. Una de las obsesiones que yo he tenido en mi vida es la violencia y la cultura. En Medellín hemos estado en una ciudad difícil donde hay combos y todos sabemos qué pasa en la ciudad, pero también hay bibliotecas y hay gente preocupada por su sensibilidad artística, por la música, por la pintura, por la literatura. Entonces es un símbolo que tengo en mis venas y que me recorre la sangre, los fusiles y los libros; es una combinación de caminos disímiles pero yo les doy un punto de encuentro.

“En el colegio yo no leí casi, vivía en la calle, me gustaba el rock, vivir con mis amigos, fumar marihuana, estar en los parques, vivir la ciudad, salíamos un día para Bello, para La Estrella, íbamos a Manrique, a Castilla, a Villa Hermosa, yo viví la ciudad de una manera muy intensa; no me preocupaba la literatura, me parecía súper harta. En el ejército me encontré con un amigo que se llamaba Fabio, pero le decían Nacho Lee, nos parecía un tipo muy característico porque leía, no entendíamos por qué perdía tanto tiempo en eso, entonces él me dijo una vez que si le pedía a mi papá que le comprara un libro, que él se lo pagaba, y se titulaba *El Anatomista* de Federico Andahazi.

“En cierta ocasión, él nos dijo ‘les voy a leer este pedacito’ y todos ‘ah, este fastidioso, qué te vas a poner a leer’. Leyó media paginita y con eso tuvo para seducirnos. Ese amigo nos inyectó el veneno de la literatura y empecé a leer *El Anatomista*, *Crimen y castigo*, *El perfume*... y ya de ahí fue donde arrancó el tema”.

Andrés es alguien completamente abierto para hablar de cualquier tema, no se deja tapar la boca por tabús ni le da miedo reconocer sus propias realidades, toma las partes oscuras de sí mismo, que muchas veces todos preferimos ignorar y las explota a su favor, las deja ser, no reprime su verdad. Nos enseña lo que le apasiona y admira.

Usted ha dicho en otras entrevistas que cree que el periodismo tiene la limitación de procurar ser objetivo y mostrar la realidad tal cual es sin incluir la perspectiva de quien vive la historia, ¿cómo maneja dentro de sus crónicas la limitación de no incluir ficción en el periodismo?

“En mis crónicas he tratado de ser lo más preciso, ser fiel a la experiencia propia, pero en el discurso periodístico hay una falacia y es pretender la objetividad, los medios crean un discurso de verosimilitud con su público. Por ejemplo, cuando Darío Arizmendi dice por las mañanas en Caracol “somos una cadena radial objetiva, escuchamos a los líderes de opinión, somos imparciales”, está en la obligación de decirlo para que su público crea que está en la mitad de los caminos y que no está de un lado o el otro para informar. Desde la manera de titular una noticia ya hay una subjetividad, en un comité editorial se escogen las noticias que van y las que no, pero al público hay que decirle que son objetivos; imagínese a un editor diciendo “no, es que yo escojo aquí las noticias que a mí me parecen”. No iqué es eso!

“Entonces cuando estoy contando la historia en primera persona, a la que los periodistas le tienen tanta alergia, procuro ser honesto, no inventar nada, ser descriptivo con lo que me sucedió. Como decía Caparrós: ‘no es lo mismo escribir en primera persona que escribir sobre la primera persona’. A pesar de que estoy contando lo que percibo con mis ojos no me concentro en mí, me concentro en la historia. Esa escuela tiene grandes exponentes en el periodismo latinoamericano, ahí está Alberto Salcedo Ramos, Leila Guerreiro, Juan Villoro, Juan Pablo Meneses, Martín Caparrós, gente que ha escrito periodismo en primera persona y le ha dado otro foco, si no se hubieran metido en la historia de esa manera no habrían llegado a la historia que querían contar”.

Llegó la hora de hacerle mi última pregunta, el mejor bocado que me guardaba para el final. Yo a él le pillé partes exactamente iguales en la novela y en una crónica. Voy a ver qué dice.

Encuentro algunas similitudes entre ciertas escenas de *Sabotaje* y sus crónicas de *Universo Centro*, por ejemplo, su crónica sobre las coperas y la fiesta de los soldados narrada en el libro...

Mientras hablaba, Andrés se ruborizó. No alcancé a terminar de formular mi pregunta, cuando estalló en una fuerte carcajada que nos contagió a José y a mí y que fue intercalando con preguntas y justificaciones.

“Lo que pasó era que yo tenía que entregar esa crónica y me tocó copiar y pegar. Eso fue lo que pasó, pero eso se vuelve un juego después, me gusta mucho porque muy poquita gente lo ha descubierto. Me tengo que inventar una respuesta más inteligente para esto, pero en realidad fue un afán. Fue como: ¡maldita sea! ¡Yo tengo que entregar esto ya! ¿Qué hago?, y yo ya tenía la novela escrita. Está textual. Excelente muchachos, los felicito, muy buena lectura, muy poquita gente lo ha descubierto. A mí lo que me pasó en el bar fue exactamente lo mismo porque es que yo no sé bailar. La sensación fue la misma, la escena fue la misma”.

Seguimos riendo con él, se lo tomó muy bien, había considerado la posibilidad de que se enojara o algo así, esa respuesta me dejó satisfecho. Ahora es el turno de las preguntas de José, comienzo a grabar con mi celular y él abre las preguntas que tiene escritas en el suyo, le gusta tener el apoyo ahí, por si se le pasa alguna.

Un espejo para el alma, el periodismo y la sociedad

En entrevistas anteriores ha mencionado que le gusta escribir sobre temas con los que ha tenido conflicto, ¿por qué escribir sobre estos temas? ¿De dónde nace su interés por ellos?

“Son temas fácilmente aceptados por medios interesados en una buena historia. Cuando yo quería escribir y vender mi trabajo me di cuenta de que era muy difícil que me compraran cuentos o poesías, pero en el periodismo narrativo yo podía contar una historia, venderla y “sollarme el parche”. No es lo mismo decir voy a contar la historia del Parque de la Floresta que me parece todo entretenido, los árboles, las tiendas..., el editor me va a decir: ‘búscate otra cosa porque qué historia tan harta’. Pero si yo llego y le digo: voy a escribir sobre una calle en Medellín que está llena de porno, seguro que esa historia le va a interesar mucho más”.

¿Por qué a los editores de este tipo de medios alternativos les interesan estas historias?

“Porque tienen tabú interesan, pero no se cuentan en el comedor de la casa sino en la barra de un bar o en el cuchicheo de dos confidentes; por eso a mí me interesaba revelar ese mundo que está escondido, que es muy atractivo, pero del que a la gente le da miedo hablar. A mí me parecía que era la manera de mostrar mi trabajo. Yo creo que un buen periodista le hace caso a sus instintos, de manera personal tenía un interés por esos temas. Si a mí un editor me hubiera dicho “ve, andá y contá la historia de la sala triple x”, yo voy y cuento eso y ya me desprendo, pero como tenía una curiosidad personal no solo fui y lo reporté sino que metí mi alma y mi corazón en esa historia. Eso es lo que debe hacer un periodista”.

¿Por qué los medios tradicionales no suelen incluir estos temas en su agenda informativa?

“Porque son temas que tocan fibras. Estamos en una sociedad muy conservadora e hipócrita. Así el señor, de vez en cuando, se tome los tragos y llegue borracho a la casa, le parece terrible que su hijo de veinte años haga lo mismo; él sí lo puede hacer, pero su hijo no. Los medios están buscando un público, gente que quiere leer historias de actualidad, noticias del día a día y que le da miedo tocar esos temas”.

¿Por qué cuesta tanto abordar esos temas en la actualidad?

“Somos muy conservadores, muy miedosos y educados por la religión católica que es tan acomodada y que deja unos temas medio a tocar. Nuestra educación ha hecho el quite a la educación sexual: les da miedo el cuerpo, dan miedo los desnudos, parecen una cosa terrible; pero es algo que está dentro de nosotros, nuestro cuerpo, nuestras pasiones, aunque estemos educados por la iglesia católica, eso lo vamos a buscar en las crónicas, en las historias; eso no se ve en los medios porque necesitan estar con su público y no quedar mal”; dice serio.

“¿Qué pasa con *Universo Centro*? ¡Que es muy arriesgado! No tiene tabús, muestra lo que somos en Medellín, muestra el centro y a la gente le da miedo ir al centro, y es que cuando uno es feo le da mucho miedo verse al espejo, a nosotros nos da terror y *Universo Centro* hace esa apuesta, contar las historias de personajes

que no aparecerían en otros medios, personajes anodinos, callejeros, sin ninguna pretensión, eso somos”.

Mientras habla, Andrés nos va señalando la iglesia de enfrente. Su forma de pensar es increíble, siento aprender muchísimo más que en una clase aburrida de universidad. Aquí a nuestro alrededor se hace evidente la cultura en la que creció, aquí están los recuerdos de la violencia en la ciudad, está la cultura, el conocimiento, la biblioteca, pero también están los tabús, las represiones, el conservatismo de la iglesia católica. Un personaje como Andrés con todo lo que tiene para ofrecerle a nuestra sociedad, sólo podría haber surgido aquí mismo. Me lleno de nuevas preguntas y esta vez no me quedo con la gana.

¿Usted cree que el centro de Medellín es realmente como la gente lo imagina? ¿Hay tanta inseguridad? ¿O hay que conocerlo mejor?

“El centro de Medellín tiene sus dificultades, pero yo creo que ha sido por el abandono que ha tenido por la administración, el centro no siempre fue así. A mí me tocó la época cuando uno iba a ver músicos en el Parque de Bolívar, éste era un espacio muy cultural y eso se ha perdido. Me parece ridículo ese miedo que la gente le tiene a su ciudad. Hay gente que vive en Envigado y el mundo les llega hasta la Diez, no conocen de la Diez para acá; la tarea que se ha dado *Universo Centro* ha sido contarnos nuestra ciudad porque cuando contamos nuestra ciudad nos estamos contando a nosotros mismos”.

Me entusiasmo y sigo haciendo preguntas, pero José me dice con la mirada “calmado, no tanto”, y me señala su lista de preguntas. Entiendo perfectamente. Él continúa.

¿Usted defiende el periodismo de inmersión donde el que cuenta la historia tiene que ser protagonista de ella? ¿Por qué vio necesario contar las historias desde su perspectiva?

“Era la manera en la que yo podía ser más sincero. Hacía la reportería y las fotos con las prepagos y escribía en tercera persona tratando de tomar distancia de la historia y eso me quedaba horrible, en cambio cuando yo escribía en primera persona sentía que lo que había escrito sí era yo, había carne, había espíritu, había brujería.

“Yo creo que finalmente cuando se está tratando de escribir algo con potencia no se elige la forma gramatical, es la historia y tu alma la que te la da, llamemos alma a un palpito, una intuición, algo que está fuera de tu voluntad. Cuando Picasso pintó sus obras no era consciente de su voluntad, tenía un talento, lo explotaba y para él era una cosa natural, pero a la hora de racionalizar por qué hacía esos colores o esas formas, eso es un hechizo, algo que lo domina, que está fuera de su voluntad. Eso me pasaba a mí, yo escribía en tercera persona y no me salía con la fuerza o con la potencia con que yo quería contar la historia, y cuando lo escribía en primera persona yo decía: ¡esto es! Ya dejé de pelear con esas formas gramaticales, mi espíritu, ese brujo que me domina me dicta la historia de esta manera”.

¿Qué le diría a las facultades de comunicación respecto a la objetividad?

¿Cuáles son sus recomendaciones respecto al uso de este tema?

“Uno tiene que saber en qué medio está, contextualizarse, el profe hace su tarea, a él le toca enseñar unos discursos, dar unas herramientas y unas convenciones, está formando a unos periodistas que van a salir a los medios, les enseña unas convenciones de los géneros para que puedan ser competitivos, dice convencido

“Los medios más comerciales buscan personas que se alineen con esa supuesta objetividad, por eso el profe enseña que hay que escribir en tercera persona, alejarse de la fuente, no ser parte de la noticia, ser objetivos y yo creo que eso está bien.

“Lo que pasa es que esas no son las únicas convenciones. Un profe se metería en un problema donde se ponga a incentivar eso, habría que hacerlo pero se necesita un profesor muy valiente y que el discurso quede tan bien entregado que el estudiante sea capaz de diferenciar. ‘¿Voy a escribir para *Universo Centro*? Entonces puedo escribir en primera persona’, o ‘¿voy a escribir para *El Colombiano*? No, toca escribir en tercera’, entonces que haga uso de sus herramientas. En la bibliografía de un buen profesor de géneros periodísticos a mí me parecería vital incluir el nuevo periodismo latinoamericano”.

Durante los últimos meses había estado pensando en abandonar el periodismo. Es verdad, tiene limitaciones, me parecía una profesión fría que no contribuye en nada. Pero este hombre hace otra forma de periodismo en la que escribe con el corazón en la mano. Supo encontrar la forma de hacer lo que quería adaptándose a las posibilidades que tenía. Ya es un ejemplo para mí.

Ver a los demás sin prejuicios

Para escribir sus historias, ¿cómo ha sido el tratamiento con personajes como proxenetas, coperas y damas de compañía?

“La clave para uno contar esas historias es generar empatía con la persona que está entrevistando. ¿Qué es empatía? Es poder ponerse en sus zapatos, poder vivir sus alegrías, poder generar un lazo emocional, sin eso a uno no le cuentan esas historias y es algo que no todo el mundo tiene. Yo he estado con mi hermano haciendo varios trabajos periodísticos y me di cuenta de que no podía salir con él porque tiene prejuicios, porque pone una barrera entre las personas y él. Por eso el tema de la cárcel me gusta y me funciona, porque yo no llego a juzgar a nadie, yo me pongo en la piel de ellos.

¿Cambió su perspectiva respecto a lo que pensaba de ellos?

“No. Es que si me dice ‘cambió su forma de pensar’ es porque tenía un prejuicio, yo no tengo una idea previa de nadie, yo llego virgen. Esa prevención es la que genera esa distancia inicial. De entrada, para mí el personaje es un amigo, es un familiar; de entrada hay que entablar una conexión emocional como si nos conociéramos de toda la vida, eso es una clave de reportería, en un buen taller de periodismo eso debería ser lo primero que le enseñen a uno. Esa prevención hay que derribarla, romper esa prevención y eso no se hace dentro de cinco minutos o en la próxima visita, es desde el primer encuentro, tiene que ser caluroso, afectivo; de entrada, tengo que eliminar la imagen de una persona conflictiva”, dice con seguridad.

Este tipo parece que tuviera características de la espiritualidad escolapia que yo conozco bien, valorar a cada uno en su justa medida, ver por encima de los adjetivos a la persona que hay detrás, entender qué hace a cada persona lo que es, eso es ver limpiamente. A nosotros se nos notan los prejuicios que Andrés no tiene, no me cabe en la cabeza cómo puede haber una persona a la que se le dé tan natural ver a la gente de esa manera.

¿A qué cree que se deba que usted esté tan libre respecto a esos prejuicios que el resto del mundo mantiene?

“Yo creo que es carisma, se lo leí a Capote. Él era una persona que entrevistaba al que se le daba la gana, se metía al bolsillo a cualquiera. Hay una crónica que se llama

“El duque en sus dominios”, que fue cuando Capote entrevistó a Marlon Brandon. A Brandon le dijeron ‘ojo que por ahí está Capote que te quiere entrevistar’, y él dijo ‘A mi Capote me cae re mal, mejor dicho, no lo quiero ni ver, porque le va mal conmigo’. Capote se inventó una excusa, fue y le tocó la puerta, no sé qué le dijo y al final terminaron tomando y súper amigos. Capote sabía que tenía carisma y lo usaba. Yo lo leí en él y dije ‘yo tengo que ser así’, pero aunque yo lo haya leído hay algo en mí que es anterior a esa lectura, cuando lo leí vi las palabras que ya tenía en mi corazón, que ya me corrían por la sangre”.

Yo creo que eso es algo que todos los amantes de la literatura hemos sentido en algún momento, algo que precisamente yo no había podido poner en palabras hasta que se lo escuché a Andrés, él también pronunció las palabras que yo ya tenía en mi corazón.

¿Cree que todavía hay un tabú respecto a estos temas? ¿O la gente ha ido aceptando lo que le gusta?

“Todavía tenemos muchos tabús, a la gente no le gusta hablar de esas cosas, siente pudor, tienen una cultura, una educación; a una señora de setenta años bien rezandera no le va a interesar una historia de esas. Yo creo que es un problema de educación, de filosofía de vida, para nosotros el tema moral ha sido regido por la religión y seguimos siendo muy rezanderos; uno cree que no, pero vea esas iglesias bien llenas”, dice mientras señala diagonal una que hay.

“Algunos hemos aprendido a ser un poquito más libres, hay peladas en Instagram que son encantadas tomándose fotos desnudas, eso ha ayudado a reducir el miedo que le tenemos a nuestro cuerpo, pero aún es muy escasa la gente que siente menos represión, en las familias todavía se siente, en general seguimos siendo muy conservadores”.

Sentidos y experiencias de un cronista

¿Alguna vez fue a hacer un trabajo de reportería y se dejó llevar por el ambiente del lugar?

“No, nunca. Con ciertas historias a mí me decían ‘Andrés, vos contaste la historia con esta prostituta... ¿y tuviste algo con ella?’ Obviamente no, yo sabía que estaba

haciendo un trabajo muy profesional, estaba muy concentrado en el tema, esa concentración a uno le ayuda a reportear con todos los sentidos. Yo necesitaba estar muy concentrado en el presente, saber a qué olía, a qué sabía, qué estaba escuchando, los sentidos son una gran herramienta para contarle al lector la atmosfera, meterlo en esa historia, si huele a mujer, a bar, a noche, a licor; gracias a esta concentración yo no perdí el foco”.

¿Se ha encontrado historias cuando no las iba a buscar?

“Lo que me pasaba muy seguido era que cuando yo iba a buscar la historia veía otra, pero la dejaba para después. A mí nunca me ha gustado andar en carro, me gusta andar la calle porque ahí es donde uno encuentra los personajes y el sabor de la ciudad. Pero, así como yo encaro los personajes sin prejuicios, también encaro las historias sin saber por dónde van a salir, yo voy a vivir la experiencia, uno tiene que dejarse atrapar por el azar”.

Cuéntenos una anécdota de alguna historia que le haya ocurrido.

“Siempre me metía en problemas y me ganaba enemigos. Cuando escribí la crónica de la casa de masajes, la muchacha nos dijo que no podía aparecer en la foto, entonces nos posó de espaldas y después de que salió el periódico y vio la foto, se pegó la asustada del verraco, porque habíamos sacado esa foto así, que éramos unos irresponsables. Las feministas hicieron un comunicado en contra de Andrés Delgado y del periódico *Universo Centro* porque les parecía una crónica súper denigrante con la mujer. En esos días yo iba para el centro y había una manifestación feminista, me reconocieron y tuve que salir corriendo.

“Con la crónica *“Matadero y beneficio”*, que muestra cómo sacrifican a las reses, los animalistas se pusieron enojadísimos conmigo, los vegetarianos reafirmaron su posición y dijeron que yo era un tipo sin corazón contando ese sacrificio de los animalitos. Siempre termino metido en líos, siempre me gano problemas.

“Hay una crónica que se llama *“Girbaud: criminal rebel”*, que me tocó firmar como Juliana Álvarez, no podía firmarla con el nombre mío porque yo trabajaba para esa empresa, la escribí como si yo fuera una vieja, pero allá en la empresa se dieron cuenta y me echaron.

“El periodismo de inmersión tiene ese inconveniente, como siempre está poniendo el dedo en la llaga, como siempre está tocando temas tabús, siempre hay alguien que se va a incomodar”, dice sin parpadear.

¿Usted cree que vale la pena ganarse los enemigos?

“Sí, claro. Yo creo que la vida me ha alcahueteado, tengo el medio que es *Univer-so Centro* y no tengo ningún compromiso económico ni moral con nadie, pero hubo una época en la que yo tenía que cuidarme de qué era lo que contaba. Uno tiene que cuidar sus enemigos porque lo obligan a estar alerta, uno es tan inteligente como lo sean sus enemigos. En política lo primero que uno tiene que hacer es señalar un enemigo, decir “yo estoy en contra de esto”, para definir la posición, en cambio no hay nada más horrible que una persona que le diga sí a todo”, expresa con certeza.

¿Ha tenido alguna experiencia que lo haya conmovido?

“Sí. Para mí fue muy impresionante el tema del matadero, me marcó, es un proceso muy violento, ver los animales, la sangre, a la res le perforan el cerebro para insensibilizarla, la cogen de una pata y la alzan, y luego un operario le corta el cuello con un “cuchillo vampiro”. La res muere de anemia porque se queda sin sangre. Por quince días hasta un tinto me olía a sangre, no quería comer carne, me volví vegetariano, menos mal se me pasó. Fue una experiencia muy difícil”, recuerda Andrés.

Contacto con la barbarie “Ojalá vengas el otro año y yo ya no esté aquí”

José leyó que Andrés Delgado había realizado un taller de escritura creativa en una cárcel y que producto de eso había mantenido un blog en el periódico *El Tiempo* llamado “Piel de topo”.

¿Cómo fue su experiencia en el taller con los presos?

“Es un trabajo que hago ya hace cuatro años, tengo una relación estrecha con este tipo de públicos, es una clase que disfruto mucho porque es de camaradería, yo no puedo entablar con ellos una relación más profunda porque me da miedo, es de mucha delicadeza pero eso no puede entorpecer el trabajo empático con ellos. Yo lo disfruto porque aprendo mucho de ellos, el que está en la cárcel es víctima de la falta

de oportunidades, del sistema, ellos no quisieran estar ahí, pero uno bien pobre y llevado del verraco le toca ponerse a vender drogas, a robar, es un universo de injusticias, el sistema penal y jurídico es una mierda.

“Con ellos me acerco al mundo que me seduce, el mundo de las armas y el mundo de los libros, dos mundos que en mí tienen un punto de encuentro, esa es otra faceta de mi obsesión. El taller de escritura creativa en la cárcel es el encuentro de la barbarie y la cultura”.

¿Cómo llegó a vincularse al taller?

“Alguna vez yo hice un taller para una biblioteca y, como me vieron metido en los temas difíciles, me dijeron: “¿usted quiere hacer un taller en la cárcel?”. Yo nunca lo había hecho, pero dije que sí porque quería experimentar. Los cronistas somos cazadores de historias y provocamos el destino, yo no sabía qué iba a pasar pero me metí allá porque sabía que quería contar una historia”.

¿Cuál es la historia que más le ha impactado?

“Las historias que más me han impactado no están escritas. Por ejemplo, había un personaje que se hizo muy amigo mío; él era un limpiador dentro de una organización dedicada al secuestro. Si secuestran a una persona y la asesinan, entonces hay una persona que la asesina, pero hay otra encargada de desaparecer el cuerpo, ese es el limpiador. Y ¿cómo lo desaparece? Lo descuartiza. Yo le tenía que dar la mano a ese sujeto y cada vez que lo hacía se me ‘encrespaba’ la piel”, recuerda.

¿Cuáles eran los conceptos que trataba en el taller?

“Yo no trabajo con conceptos ni líneas. Sí hay ciertos tópicos que vamos a escribir sobre la novia o algo así, pero es sólo una excusa para que ellos escriban, no es que yo diga ‘bueno, el módulo uno es sobre la amistad y la reconciliación’, no, *ifuck you!*, eso que lo diga otra gente, pero no yo; lo que necesito es que ellos sepan contar una historia. Es la oportunidad para que ellos escriban sobre esos sucesos, pensarlos y cada quien lo asumirá como quiera, pero yo no voy a decir: ‘ve, pensá en esto, yo quiero que mejorés’, porque de eso no se trata la literatura, esa no es la finalidad del arte y yo lo que busco es una buena historia, es el arte, que eso nos llegue al corazón.

Pero si uno empieza ‘es que yo necesito que cuando escribas eso te hagas una mejor persona’ se pierde el sentido del taller”.

¿Cuáles eran los casos más comunes que encontraba en las vidas de los presos?

“A ellos al inicio no les interesa la literatura, llegan buscando estar en otro espacio, lejos del patio y de los problemas, después se ‘encarretan’. Para mí el tema es poder contar el país, las diferencias sociales, la injusticia, ponernos un espejo. Cada uno tiene un rollo muy diferente, hay desde ladrones, estafadores hasta asesinos y violadores, algunos están por porte ilegal de armas, hay muchas cosas”.

Cuéntenos una anécdota del taller

“El taller dura tres o cuatro meses cada año. Siempre la última clase es muy emotiva, es de mucho calor humano, me dicen ‘parce, que pesar que te vas a ir, que bacano el taller, ojalá vengas el otro año y yo ya no esté aquí’. Es un contacto de mucha camaradería pero es muy paradójico, muy bacano que nos conocimos pero ojalá no nos volvamos a ver nunca en la vida”.

Este tipo me tiene impactado. Ahora José quiere que nos tomemos una foto. ¿Nos tomemos una foto? Ah, no, es que le tomemos una a él, tiene la idea de tomarla en la biblioteca pero Andrés prefiere el parque, la calle, la ciudad. Me gusta. Se sienta justo en el lugar donde hace dos semanas yo tomaba cerveza con mis amigos a media noche. José le entrega un libro, *El olvido que seremos*, para que pose de intelectual. Mientras lo hojea, pruebo varios ángulos procurando que no se alcance a ver la portada donde sale un miembro de la lista de los hombres que más me han inspirado en mi vida. Una lista a la que ahora mismo Andrés acaba de entrar.

Nos despedimos y se aleja, yo me quedo con José y con mi cabeza inundada de nuevas reflexiones y propósitos. Ojalá volvamos a ver a Andrés algún día. Ojalá que ese día ya no estemos en este mismo lugar.